

**OFICINA DE INFORMACIÓN / ALOCUCIÓN DEL ARZOBISPO DE TOLEDO  
Plaza de Zocodover, Toledo. CORPUS CHRISTI. 20 de junio de 2019**

Encontramos en la Sagrada Escritura unas palabras sorprendentes: “Ciertamente es un pueblo sabio e inteligente esta gran nación. Porque ¿dónde hay una nación tan grande que tenga unos dioses tan cercanos como el Señor, nuestro Dios, siempre que lo invocamos?” (Dt 4, 6-7). Son consideraciones que hacen los hijos de Israel, Pueblo de la primera Alianza. Pero que los cristianos, en la Iglesia de la Nueva Alianza, podemos pronunciar con mayor razón, alegría y gratitud que Israel.

En la Iglesia de Jesucristo, en efecto, nosotros sus hijos podemos experimentar una profundización de esa cercanía de Dios nunca antes imaginada: nuestro Dios, Jesucristo en la Eucaristía, llega a ser realmente compañero de nuestra vida. Se hizo carne, para poder hacerse pan. Se ha entregado en el fondo de la tierra y del trabajo del hombre; se ha puesto en nuestras manos y se ha introducido en nuestro corazón.

Dios no es el gran desconocido que nos dicen aquellos que dudan de su existencia, al que no solo podemos vislumbrar vagamente. Nosotros no hemos de temer, como los gentiles, que Él sea caprichoso o cruel, demasiado grande o demasiado lejano para escuchar al hombre. Él está ahí y nosotros sabemos siempre dónde podemos encontrarle, dónde se deja encontrar y nos espera. Hoy, en esta plaza, esta expresión de su cercanía debe penetrarnos de nuevo el alma: Dios está cerca, Dios nos conoce. Dios nos espera en Jesucristo, en el Santísimo Sacramento.

¡No le hagamos esperar en vano! No pasemos de largo, por nuestra distracción y nuestra pereza, ante lo más importante y grandioso que se ha ofrecido a nuestra vida. Estamos ante este misterio admirable que no pueden encerrar los muros de nuestros templos. Pero tampoco pasemos descuidadamente de largo por ellos; entremos en nuestras iglesias al pasar y permanezcamos un rato ante el Señor, que está tan cerca como aquí en la Custodia. Nuestras iglesias no deberían ser casas muertas, vacías y aparentemente sin ninguna finalidad. Siempre sale de dentro de ella una invitación de Jesucristo. Lo más hermoso de las iglesias católicas es, precisamente, que en ellas siempre, de alguna forma, hay liturgia, porque en ellas siempre mora la presencia eucarística del Señor.

“¿Dónde hay una nación tan grande, que tenga unos dioses tan cercanos como el Señor, nuestro Dios, siempre que lo invocamos?” Cercanía cuya última profundización está en la cercanía eucarística del Señor. Pero esta cercanía se descubre igualmente por encima de todas las cosas, en las diez palabras de vida que son los diez mandamientos que Él nos ha dado. Por medio de estas diez palabras, Él está disponible a todas las preguntas de su pueblo. Porque Él está siempre dispuesto a hablar, llamarnos y escuchar nuestras respuestas. Por el contrario, desligando al hombre de Dios, se ha terminado por desligar de la ética muchas parcelas del quehacer humano: ciencia, comunicaciones sociales, economía, política. Simultáneamente se ha ido desligando el saber de la verdad, el trabajo de la realización de la persona, el progreso de la justicia social, el sexo del amor y de la procreación.



Sabemos, Señor Sacramentado, que, por medio de tu Ley, nos concedes la posibilidad de instaurar un orden político, social que oriente el camino. Por medio de tus diez palabras/mandamientos de vida nos concedes sabiduría y orientación que debemos seguir para vivir rectamente y tratar con justicia a los más empobrecidos. Por medio de esta Ley, por tanto, experimentamos también la proximidad del Padre; Tú has retirado, por así decirlo, el velo de los enigmas de la vida humana y has respondido a las preguntas de los hombres y mujeres de todos los tiempos: ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? ¿Qué hemos de hacer?

Reconocemos ante ti, Señor, como Pedro: “Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6, 68).

✠ Braulio Rodríguez Plaza  
Arzobispo de Toledo, Primado de España